

CAPITULO XXIV.

Atraído hácia el abismo.

Han trascurrido tres años, tres años de tempestad en medio de devoradoras llamas, de espumosas olas, de temblores de tierra, desquiciada por las sacudidas de un oceano que continuaba y continuaba subiendo con gran espanto de los que le contemplaban desde la orilla.

Tres años más han añadido sus hilos de oro á los hilos con que Lucía Darnay tejía los días de los séres á quienes amaba, y han repetido por tres veces el feliz aniversario del nacimiento de su hija.

¡Qué de noches han pasado en aquellos tres años los habitantes de aquella pacífica morada escuchando los ruidos con que el eco los asustaba! Porque todos ellos seguían creyendo que los pasos que oían eran los de una desalentada multitud que marchaba en pos de la bandera roja, declarando la pátria en peligro, y trasformada, por un terrible encanto, en un inmenso tropel de encarnizadas fieras.

Monseñor (tomado en sentido colectivo), extrañando que no se le aprecie como merece, ha abandonado un estado social que ofrece semejante fenómeno; no comprende que la Francia pueda pasarse sin él, ni que de continuar en ella hubiera podido ser expulsado, no solamente del territorio francés, sino tal vez de este misero mundo. Sucédiale á monseñor como á aquel aldeano de la leyenda que, despues de evocar con no poco trabajo al diablo, quedó tan aterrorizado á la vista del demonio, que apretó á correr en vez de conversar con él. Monseñor, despues de leer al revés durante muchos siglos la

oracion dominical, y despues de haber empleado todos los medios imaginables para que el espíritu infernal surgiese de sus profundos abismos, apretó á correr no bien le echó la vista encima.

El Ojo de Buey se habia eclipsado para no servir de blanco á una lluvia de patrióticas balas. Nunca habia sido conveniente mirar con aquel funesto ojo, que tenia á la vez la arrogancia de Satan, las pasiones de Sardanápalo y la ceguedad del topo; pero habia desaparecido. La córte, desde el íntimo círculo que formaba su centro, hasta sus ruidos límites, por los que se desbordaban la intriga, la corrupcion y la hipocresia, la córte en masa se habia dado á la fuga; el rey se habia marchado, habia sido detenido y sitiado luego en su palacio, y acaba de ser destituido á la hora en que los últimos partes habian atravesado el Estrecho.

Era el mes de Agosto de 1792, y monseñor se habia dispersado en todas direcciones. Como era consiguiente, el Banco Tellson de Lóndres era su cuartel general. Los espíritus frecuentan con marcada predileccion los lugares que fueron habitados por sus cuerpos, y monseñor, cuyo bolsillo se hallaba vacío, se dirigia al sitio en que sus luses habian estado en otro tiempo. El Banco Tellson era, por otra parte, una casa hospitalaria que mostraba sobrada largueza con sus clientes cuando éstos venian á ménos; además, habia entre los emigrados algunos nobles personajes que, previendo el pillaje ó la confiscacion, habian colocado sus fondos en Lóndres desde los primeros días de tempestad, y en casa de Tellson era en donde las personas necesitadas tenian la seguridad de averiguar sus respectivos domicilios. Añádase á esto que como todos los que llegaban de Francia acudian á la casa del banquero, Tellson era en aquella época, en cuanto se refiere á las noticias, una especie de bolsa verdaderamente privilegiada. Esta circunstancia era tan conocida del público, y

las noticias que iba á averiguar eran tan numerosas, que Tellsonne habia adoptado el prudente partido de escribir en varios trocitos de papel las últimas noticias que iba recibiendo, y los pegaba en las ventanas para conocimiento de los transeuntes.

Cierta tarde húmeda y sofocante, Carlos Darnay, acodado sobre la mesa de despacho de Mr. Lorry, hablaba en voz baja con el gentleman. El antro penitenciario, destinado en otro tiempo á las audiencias de los jefes de la casa, servia ahora de agencia de noticias y se hallaba literalmente lleno. Faltaba próximamente una media hora para que se cerrasen las oficinas del Banco.

—Sois, indudablemente, uno de los hombres más jóvenes que he visto en toda mi vida, decia Carlos con cierta vacilacion; pero, sin embargo, debo haceros observar...

—¿Qué soy demasiado viejo? preguntó Mr. Lorry.

—Debo haceros observar que la presente estacion es sumamente molesta, que el viaje es largo, que los medios de locomocion ofrecen pocas seguridades, que el país se halla desorganizado, y que hasta vos mismo podeis tener algo que temer en aquella ciudad.

—Pues, querido Darnay, algunos de esos motivos son precisamente los que me obligan á ponerme en camino, y no hay nada que pueda hacerme variar de resolucion. Yo no temo nada: ¿quién ha de atacar á un pobre viejo de cerca de ochenta años, cuando hay tantos individuos más dignos de su cólera? ¿Hablais de la desorganizacion del país? Pues si esa desorganizacion no existiera, no habria necesidad de que el Banco mandase allí un comisionado; ya comprendeis que es indispensable que ese comisionado conozca el terreno y todos nuestros negocios y merezca además la confianza de Tellsonne. Por lo que hace al mal tiempo, á la excesiva duracion del viaje y á todas las demás dificultades, si despues de tantos años de servicios no me hallase dispuesto á arrostrarlo todo en

obsequio de los intereses de la casa, ¿quién seria capaz de este pequeño sacrificio?

—¡No podeis figuraros qué ganas tengo de ir allá! dijo Carlos con visible agitacion y como un hombre que piensa en alguna cosa trascendental.

—¿Vos, exclamó el gentleman; aconsejadme luego que sea prudente! ¡Vos, que sois francés, quereis ir á Francia! ¿Estais loco, amigo mio?

—Tengo ese deseo porque soy francés, Mr. Lorry. No puede uno por ménos de compadecer á ese desdichado pueblo, lamentar sus extravios y esperar, en nombre del poco bien que se le ha hecho, que será posible imprimirle una direccion ménos perjudicial. Anoche mismo, prosiguió con aire pensativo, cuando nos quedamos solos, le dije á Lucia...

—¿A Lucia? interrumpió el anciano. ¿No os avergonzais de pronunciar su nombre en el momento mismo de hablar de vuestra ida á Francia?

—No voy por fin, dijo Carlos sonriéndose; lo que me deciais hace un momento es lo que me ha hecho pensar en semejante cosa.

—Que vaya yo es muy distinto; nõ puedo prescindir de hacer ese viaje. ¡No podeis figuraros, querido Darnay, dijo bajando la voz, con qué dificultad realizamos allí todos nuestros negocios y qué peligros corren nuestros libros! Sólo Dios sabe las tristes consecuencias que resultarían de la desaparicion ó destruccion de nuestros papeles. Y ¿quién puede responder de que París no arda esta misma noche ó sea saqueado al día siguiente? Ya comprendreis que una prudente eleccion, hecha lo más pronto posible, evitaria la pérdida de importantes documentos, y nadie mejor que yo podria apreciar su importancia relativa. La casa lo sabe perfectamente y yo no puedo negarme á sus ruegos, porque hace sesenta años que estoy comiendo el pan de esta casa. ¿Puedo dejar de

cumplir mi deber prestando que mis fuerzas se hallan algo decaídas? ¡Pues no veis que soy un jóven, comparado con esos zoquetes que tenemos en nuestras oficinas!

—No puedo por menos de admirar vuestra generosidad y vuestro impetuoso carácter; vos sois siempre jóven, amigo mio.

—No os chanceis, querido Darnay, prosiguió el gentleman. Vos debeis saber que hoy es casi imposible sacar nada de París; hay varios papeles (os hablo con toda reserva, yo no debo decir nada de esto á nadie, ni aún á vos mismo,) y varios objetos preciosos que nos han sido entregados hoy por los emisarios más extraños que podeis imaginaros, y cuya vida ha estado en gravísimo peligro al atravesar la frontera. En otras épocas nuestras remesas circulaban por Francia con la misma facilidad que en la comercial Inglaterra; pero ahora no es posible hacer ningun envío...

—¿Y pensais poneros en camino esta misma noche?

—Sí, amigo mio; la cosa urge sobremanera, y no admito la menor dilacion.

—Supongo que no ireis solo.

—Me han propuesto una porcion de individuos, pero no quiero nada con ninguno de ellos. Estoy casi decidido áirme en compañía de Ferry, porque hace ya mucho tiempo que es mi inseparable y estoy acostumbrado á servirme de él. Todo el mundo le creará un ser inofensivo, sin más mision que la de proteger á su dueño.

—Os repito que no me canso de admirar vuestra rectitud y vuestra generosidad.

—Y yo tampoco me canso de rogaros que no os burleis de mí. Cuando termine esta delicada empresa, es muy posible que acepte la proposicion que me hace Tollson, y me jubile con objeto de poder vivir á mi antojo. Entonces tendré tiempo para sentir el peso de los años y recordar que he dejado de ser jóven.

Como ya hemos dicho, este diálogo se verificó cerca de la mesa de despacho de Mr. Lorry. A muy corta distancia de allí, monseñor referia jactanciosamente el castigo que impondría dentro de muy poco tiempo á la insurrecta canalla. Monseñor, lo mismo que los personajes de la ortodoxia británica, habia convenido en considerar la revolucion francesa como la única cosecha que daba sus frutos sin que nadie hubiera efectuado la siembra; hablaba de ella como si no se hubiese hecho ni omitido nada para llegar á aquel resultado; como si varios observadores, asombrados de la suerte que cabia á las masas y del mal empleo de los recursos que hubieran podido hacer la prosperidad del pueblo, no hubiesen visto acercarse la tempestad, y explicado claramente cuanto se veia venir.

La fatuidad de monseñor y los extravagantes proyectos que ideaba para restablecer un órden de cosas que habia fatigado al cielo y á la tierra, eran cosas que no podia resistir ninguna persona de mediano juicio y condecorador de la situacion. Semejantes majaderías y baladronadas aumentaban el malestar que experimentaba Carlos Darnay y agitaban terriblemente su espíritu.

En el número de aquellos vocingleros figuraba Mr. Stryver, el abogado del Banco del rey, que, próximo á obtener un puesto oficial, desplegaba toda su elocuencia perorando sobre el mencionado tema y obsequiaba á monseñor con una infinidad de ingeniosos planes para exterminar al pueblo, hacer que desapareciese del globo terráqueo, y arreglarse de modo que las personas distinguidas pudieran prescindir por siempre jamás de aquel detestable elemento; en una palabra, para llegar á la abolicion de las águilas, poniendo un granito de sal en la cola de toda la raza. Carlos, que se hallaba ya fuertemente encolerizado, dudaba si alejarse para no escuchar semejantes despropósitos, ó permanecer en su sitio para emitir su opinion cuando le pareciese oportuno.

En esto apareció Tellson, dejó sobre la mesa de Mr. Lorry una carta sucia y lacrada, y preguntó al gentleman si había averiguado algo referente á la persona á quien iba destinada dicha carta. Carlos, que se hallaba al lado de Mr. Lorry, no pudo por ménos de ver las señas, y se apoderó de ella. El sobre se hallaba redactado en los siguientes términos:

«Urgentísimo. Señores Tellson y compañía, banqueros en Londres; para entregar al señor ex-marqués de Saint-Evremont.»

El día de la boda de su hija, el doctor había exigido á Mr. Darnay palabra formal de no revelar absolutamente á nadie su verdadero nombre, á ménos que él le relevase de aquella imperiosa obligacion. Carlos, como es de suponer, había guardado el secreto que su suegro le había impuesto, y su misma esposa y Mr. Lorry se hallaban lejos de sospechar que tuviese otro nombre.

—Aún no he podido averiguar nada, respondió el gentleman al jefe de la casa. He mostrado esta carta á todas cuantas personas he visto, y nadie ha podido decirme el paradero de ese personaje.

Faltaban muy pocos minutos para que el reloj marcara la hora de cerrar las oficinas del Banco, y los rebuscadores de noticias, que se disponían á salir á la calle, pasaron por delante de Mr. Lorry, el cual les presentó la carta interrogándoles con la mirada. Monseñor, representado por todos aquellos emigrados de altivo y fanfarron lenguaje, leyó las señas estampadas en el sobre, y cada cual dijo del marqués en cuestion lo que tuvo por conveniente.

—Creo que es el sobrino, el indigno heredero de aquel distinguido gentilhombre que murió asesinado en su palacio, dijo uno de los presentes. Tengo á mucha satisfaccion el no haberle conocido.

—Un cobarde, que ha abandonado su puesto hará cosa

de quince años, dijo otro que acababa de salir de París medio ahogado en una carreta de heno.

—Corrompido por las doctrinas filosóficas, repuso un tercero leyendo las señas á través de un lente; ha hecho una oposicion constante al antiguo marqués, tío suyo, abandonando por último sus tierras á esa canalla infame; es muy probable que esos desarrapados acaben por tratarle como se merece.

—¡Pues no hay duda que es un jóven aprovechado! gritó Mr. Stryver. A ver, á ver, ¿cómo se llama ese miserable? ¡Cargue el diablo con el filósofo!

Darnay, no pudiendo ya contenerse, dió un golpe en el hombro al abogado del Banco del rey.

—Yo conozco á ese filósofo, dijo.

—¿Sí? pues vive Dios que lo siento, respondió el otro.

—¿Y por qué?

—¿Pues no habeis oido lo que ha hecho?

—Lo he oido perfectamente.

—Entonces no preguntéis por qué.

—Al contrario, insisto en preguntarlo.

—Y yo vuelvo á repetiros, Mr. Darnay, que lo siento por vos, y que me disgusta oiros hacer semejante pregunta. ¡Cómo! ¿estais viendo á un ser contagiado por las doctrinas pestilenciales y gangrenado por los principios heréticos, que abandona sus tierras á los individuos más despreciables de la sociedad, á una gente infame que asesina al por mayor, y me preguntais por qué siento que conozca á semejante monstruo un hombre que se consagra á instruir á la juventud? Sólo puedo daros una respuesta, caballero; lo siento porque el contacto con semejante bribonzuelo es un verdadero baldon.

Carlos, recordando el secreto que había prometido guardar, reprimió trabajosamente su cólera y dijo al abogado:

—Vos ignorais tal vez las circunstancias en que se

UNIVERSIDAD DE NUI
BIBLIOTECA UNIVE
"ALFONSO RE
Apdo. 1625 MONTERA

halla el marqués, y por lo tanto no es fácil que comprendais...

—De todos modos, no ignoro el modo de cerraros la boca, Mr. Darnay, interrumpió el abogado; si ese bribon es de noble estirpe, no comprendo que abrigue semejantes ideas, no me es posible comprenderlo. Podeis saludarle de mi parte y decirselo así, añadiendo, si gustais, que toda vez que les ha dejado el usufructo de sus bienes, extraño muchísimo que no haya ido á ponerse á la cabeza de esos bergantes transformados en verdugos. Pero, señores míos, dijo el orador haciendo repiquetear sus dedos y mirando en torno suyo; conozco suficientemente la naturaleza humana y tengo la completa seguridad de que semejante bribon, confiando poca cosa en la eleme[n]cia de sus infames protegidos, habrá tenido buen cuidado de volverles las espaldas y poner piés en polvorosa.

Al decir estas últimas palabras volvió á repiquetear los dedos y se dirigió á la calle, recogiendo los murmullos de aprobacion de sus nobles oyentes.

Mr. Lorry y Darnay se quedaron solos pocos momentos despues.

—Si conoceis al marqués, dijo el gentleman, ¿quereis tener la bondad de entregarle esta carta?

—Lo haré como desais.

—No dejeis de decirle que hemos hecho todo cuanto nos ha sido posible para descubrir su paradero, y que sentimos muy de veras el no haber podido entregarle antes esta carta que se halla hace mucho tiempo en nuestro poder.

—Estad seguro de que se lo diré así. ¿Os marchais desde aqui?

—Sí, amigo mio, esta noche á las ocho.

—Pues luego volveré para deciros adios.

Cárlos, enojado consigo mismo, con el abogado y con

la mayor parte de los hombres, se dirigió hácia el Temple; una vez en aquel lugar solitario, rompió el sobre de la carta y leyó las siguientes líneas:

«París, cárcel de la Abadía, 21 Junio de 1792.

»Señor ex-marqués:

»Despues de haber estado á punto de morir á manos de los vecinos del pueblo, he sido preso y conducido á París, cuyo camino he tenido que recorrer á pié. No os hablaré de los sufrimientos que he experimentado en mi viaje; pero no es eso todo: mi casa ha sido completamente demolida.

»El único crimen de que se me acusa y por el que se me ha puesto preso y van á sentenciarme á muerte, si no me prestais vuestra generosa ayuda, señor marqués, es el de haberme hecho reo de alta traicion con el pueblo, obrando en nombre de un emigrado. En vano les hago presente que yo, por el contrario, obraba á favor del pueblo segun las órdenes que me teniais dadas; que mucho antes del secuestro yo habia condonado, segun vuestras órdenes, las contribuciones á los que no las pagaban, (es decir, á todo el mundo), y que á pesar de no cobrar ninguna renta, no habia entablado ningun procedimiento contra los deudores. A todo esto me contestan que no por eso dejo de ser el apoderado de un emigrado, y me preguntan en dónde se halla ese emigrado.

»¡Ay, mi querido señor ex-marqués! ¿en dónde estais? ¿en dónde estais? Yo, dormido y despierto, sólo le pido á Dios que vengais en mi socorro, pero no sé si me oirá. ¡Ay, señor ex-marqués! envío á Inglaterra esta desolada súplica, abrigando la esperanza de que llegueis á recibirla por mediacion del Banco Tellson, que es muy conocido en París.

»En nombre de Dios y de la justicia, en nombre de

vuestra generosidad y de vuestro honor, yo os ruego, señor ex-marqués, que vengais á conseguir mi libertad. No he cometido más crimen que el de haberos servido con lealtad; yo os suplico encarecidamente que no me abandonéis.

»Desde esta horrible cárcel, en que me acerco por momentos á la muerte, os envío, señor ex-marqués, el testimonio de mi fatal abnegacion.

»Vuestro respetuoso y desconsolado

GABELLE.»

Cárlos comprendió inmediatamente la clase de malestar que experimentaba: era el remordimiento de haber faltado á su deber. El peligro en que se hallaba aquel antiguo servidor, cuyo solo crimen era el de haberle sido fiel, surgia repentinamente y le punzaba de tal modo que se tapó la cara para disimular su vergüenza.

Cárlos sabia perfectamente que dado su horror al hecho que habia puesto el colmo á la mala reputacion de su familia, su resentimiento á la memoria de su tío y su aversion al dominio señorial de que habia podido disponer, no habia obrado del modo que exigian las circunstancias. Sabia perfectamente que si, absorbido por su amor, habia cambiado de género de vida y renunciado á los privilegios y á la fortuna que le habia cabido en suerte, esta renuncia era incompleta y nula. Creia que en vez de aquel abandono personal, que ningun hecho habia soncionado, hubiera debido hacer un acto legal, reconocer sus derechos, renunciar á la fortuna de que era depositario, y procurar cuidadosamente que se distribuyese de un modo equitativo y justo. Así habia pensado hacerlo en otra época; pero llegado el momento oportuno, lo habia aplazado para más adelante.

Las alegrías del hogar doméstico, la necesidad de un continuado trabajo, los trastornos ocurridos en Francia,

la precipitacion de los sucesos, y su inestabilidad, que hacia punto menos que imposible realizar ninguna clase de proyectos, le habian impedido cumplir la palabra que á sí mismo se habia dado. Habia tenido que ceder ante las circunstancias, muy á despecho suyo, pero sin hacer grandes esfuerzos para oponerse á la corriente. Esperaba una ocasion propicia; pero la ocasion huia siempre, y así fué pasando el tiempo hasta la época en que habiendo los nobles abandonado la Francia, les fueron confiscados sus bienes, destruidos sus palacios y rotos sus títulos.

Pero no habia vejado á nadie, no habia llevado á nadie á la cárcel; lejos de emplear la fuerza para entrar en posesion de sus derechos, habia aplazado el asunto por su propia iniciativa. Desposeido de todas las ventajas que debia á su cuna, habia ganado su sustento acudiendo á un trabajo honrado. Mr. Gabelle, el administrador de las empobrecidas y esquilgadas tierras que poseía desde la muerte de su tío, habia recibido una orden escrita de su puño y letra, previniéndole que mirase por la gente del campo y que en invierno y en verano les diese la poca leña, centeno ó cebada que no fuese á manos de los acreedores, y este hecho podia atestiguarlo. ¿No era esto bastante para que no tuviera nada que temer?

Esta persuasion confirmó el propósito de Cárlos de salir de Lóndres con direccion á París.

Como al marino de la leyenda, las olas y los vientos le impelian hácia la imantada roca que habia de ser su perdicion. Cada nueva reflexion le hacia insistir más y más en su idea. Aquel lastimoso estado de su espíritu, de que poco antes no sabia darse cuenta, provenia del destroz que se habia cometido en sus dominios. ¿Por qué habia abandonado á unos seres indignos la influencia que él hubiera podido tener? ¿Por qué no habia estado allí para evitar la efusion de sangre, y para hablar en nombre de la humanidad? Todo esto se habia echado en

cara á sí mismo al comparar sus debilidades con el valor de Mr. Lorry, que, con su sentimiento del deber, sabia suplir su falta de fuerza. A esta desventajosa comparacion habian sucedido las insolencias de monseñor, las injurias del abogado, que tan profundamente le habian herido, luego la carta de Gabelle, la súplica de un hombre inocente que le rogaba, en nombre de la justicia y del honor, que acudiese en su auxilio.

Decididamente tenia que ir á Paris. El iman le atraia con una fuerza irresistible, y no veia el escollo ni pensaba ya en el peligro. Pareciale que, una vez en Francia, sólo tendria que demostrar sus buenas intenciones para ser creido bajo su palabra y para obtener el asentimiento general. Asaltábale luego la idea de practicar el bien, ese espejismo fascinador que ofusca la mente de los hombres grandes y generosos; y seducido por esta quimera, creíase con bastante influencia para guiar la revolucion, que continuaba furiosamente cometiendo nuevos asesinatos.

Adoptada ya firmemente esta resolucion, sólo pensó en los preparativos que aún tenia que hacer; Lucía y el doctor no debian enterarse de su viaje hasta que él se hallase ya lejos; de este modo evitaria á su mujer los momentos más crueles de la desesperacion, é impediria al mismo tiempo que Mr. Manette intentase ningun esfuerzo para disuadirle de su empeño.

Cárlos continuó paseándose hasta el momento de ir al Banco para despedirse del gentleman; tenia el propósito de visitar á este excelente sugeto tan pronto como llegase á Paris, pero no queria confiarle sus proyectos hasta entonces.

Una silla de posta se hallaba ya delante de la casa Tellson, y Jerry, armado de punta en lanza, esperaba las órdenes de su amo.

—Ya he entregado aquella carta, dijo Cárlos á Mr. Lor-

ry, y os traigo la contestacion; pero no por escrito: tal vez tengais la bondad de transmitirla vos verbalmente.

—Con mucho gusto, replicó el gentleman; supongo que no habrá en ello ningun peligro.

—Absolutamente ninguno, y eso que se trata de un detenido en la Abadía.

—¿Cómo se llama? preguntó Mr. Lorry abriendo su cartera.

—Gabelle.

—Perfectamente. ¿Qué es lo que debo decir á ese desdichado?

—Nada mas que esto: que su carta ha llegado á su destino y que la persona que él sabe irá á verle.

—¿No hay que decirle en qué época?

—Que se pondrá en camino mañana por la noche.

—¿No tengo que indicarle ningun nombre?

—Seria completamente inútil.

Cárlos ayudó á Mr. Lorry á abrigarse convenientemente, y, precedido del gentleman, dejó la cargada atmósfera del antiguo Banco por la brumosa y fria temperatura de Fleet-street.

—Saludad cariñosamente en mi nombre á Lucía y á nuestro queridísimo ángel; cuidadlos bien hasta que yo regrese á vuestro lado, dijo Mr. Lorry en el momento en que el carruaje se disponia á partir.

Cárlos movió ligeramente la cabeza, y le respondió con una dudosa sonrisa.

Aquella noche (era el día 14 de Agosto), Cárlos Darnay, en vez de acostarse despues de abandonar el salon, escribió dos sentidísimas cartas: en la primera, dirigida á Lucía, explicaba el motivo de su marcha y la imperiosa necesidad en que se hallaba de ir á Francia, demostrando claramente que no tenia que temer ningun peligro. En la segunda carta, destinada al doctor, confiaba su mujer y su hija á los cuidados de su suegro, é insistia

nuevamente en demostrar que no podía correr ningun peligro; en ambas cartas prometia escribir tan pronto como llegase al término de su viaje, y darles con toda frecuencia noticias suyas.

El dia siguiente fué sumamente angustioso; por la primera vez, desde que se hallaban casados, Carlos tenia una preocupacion no compartida por Lucia; costábale un inmenso trabajo el no revelar el estado de su corazon. Disponíase á hacerlo á cada momento, porque extrañaba sobremanera el pensar ó ejecutar algo sin el dulce apoyo que siempre hallaba en ella; pero al verla tranquila y risueña, retenia las palabras que querian escaparse de sus lábios, y continuaba disimulando su turbacion. A pesar de lo penosa que hallaba esta lucha, el dia trascurrió rápidamente. Al llegar la noche, pretestó tener que acudir á una cita, y dijo que tal vez tardaria en volver; abrazó varias veces á su mujer y á su hija, recogió la pequeña maleta que con todo secreto habia preparado, y desapareció en medio de la espesa niebla, con el alma más triste que las sombrías calles que iba recorriendo.

Confió sus dos cartas á un amigo de confianza, y le encargó que no las entregase hasta despues de las once y media; luego montó á caballo, llegó á la carretera de Douvres, y comenzó su viaje con el corazon oprimido al recuerdo de los seres queridos que dejaba en la ciudad.

«En nombre de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor,» exclamaba para sí; y recobrando nuevas fuerzas al repetir aquellos gritos de angustia, corrió hácia el precipicio, cuya irresistible atraccion no era ya posible resistir.

LIBRO TERCERO.

LA TEMPESTAD.

CAPITULO PRIMERO.

Incomunicado.

Ir de Inglaterra á Paris en el mes de Agosto de 1792, era una árdua y temeraria empresa. Aun en los tiempos en que el rey de Francia reinaba en todo su esplendor, el lastimoso estado de los carruajes, de los caminos y de los caballos, hubieran sido suficientes motivos para prolongar indefinidamente el viaje; pero las circunstancias políticas añadian á las dificultades de la marcha otra porcion de obstáculos mucho más graves. A las puertas de las ciudades y á la entrada de los pueblos, hallábanse situadas varias partidas de ciudadanos patriotas, armados de mosquetes nacionales, siempre dispuestos á dispararse, que detenian á los viajeros, les hacian sufrir mil y mil interrogatorios, examinaban sus papeles, buscaban sus nombres en las listas que tenian siempre á mano, los dejaban pasar, los hacian volver al lugar de donde procedian, ó los metian en chirona, segun lo que la imaginacion del improvisado tribunal juzgaba más fa-